

de los Estados Confederados, sino su impotencia para hacer sola lo que debe ser obra comun de todas.

México deplora las circunstancias que impiden á las grandes potencias occidentales de Europa tomar la iniciativa en el afianzamiento de la segregacion de los Estados Confederados; porque si tal cosa hicieran, nosotros contribuiríamos con nuestro débil, pero eficaz apoyo, al logro de tan ventajoso objeto, y la nueva república tomaría asiento en el gran concierto de las naciones cristianas, bajo la condicion del respeto inviolable á la integridad del territorio de las demas.

Así desaparecería completamente el temor que hoy nos asiste de vernos envueltos, mas tarde ó mas temprano, en guerras desastrosas, como son todas las de conquista.

VI.

En la violenta perturbacion que pudiera traer consigo la guerra que probablemente resultaria de empeñarse los anglo-americanos en llevar al cabo sus proyectos de conquista sobre México y Cuba, por la conveniencia de que intervengan las potencias occidentales de Europa en el asunto, para poner un término á la ilimitada ambicion de nuestros vecinos del Norte, se ocurre desde luego preguntar, como ya lo dejamos apuntado, ¿cuál es el interés de la Francia en tan grave complicacion?

El de Inglaterra y España es patente, así como el de México, por la necesidad que estas naciones tienen de una garantía contra las tendencias invasoras de los anglo-americanos; pero la Francia no cuenta con ricas posesiones en América que conservar, y por lo tanto su interés en la cuestion de Occidente pudiera considerarse como secundario. Así podrian imaginárselo en efecto, políticos miopes que no calculan para el porvenir, ó bien hombres de Estado de primer orden que prefieren, antes que convenir en que merece aplauso, censurar con miras de oposicion parlamentaria, el gran pensamiento del emperador Napoleon III, revelado en el curso que le ha dado á la intervencion en México; acontecimiento providencial que ha venido á salvarnos de la disolucion infalible en que hubiéramos caído, arrastrados por nuestros continuos trastornos.

Sin embargo, como hemos visto mas arriba, la Francia figura en segundo lugar, entre todas las naciones, en el comercio de algodones con los Estados Unidos, y su tráfico general ascendió en el año fiscal de 1859-60 á \$62.206,278

por importaciones, y á \$43.219,549 por esportaciones. A estas cifras es menester agregar el comercio de sus colonias, que subió á \$843,919 por importaciones y á \$190,078 por esportaciones. Todas estas sumas reunidas dan un comercio total de \$106.459,824.

La importancia de este comercio haría vacilar á la Francia en las determinaciones que pudieran provocar un conflicto con los Estados-Unidos, si la Francia no tuviera mas norma en sus relaciones y en su conducta con los otros pueblos de la tierra que el interés material del momento. En ciertas épocas así ha sucedido, en verdad; pero no son esas páginas de su historia las que mas la enaltecen. Cuando por fortuna suya preside sus destinos un gefe que tiene fe en su mision, que ha sido criado en la escuela de la adversidad y que en ella ha aprendido á no sacrificar el porvenir al presente, sino que, por el contrario, explota el presente para afianzar el porvenir; entonces la espresion del poeta inglés cuando dice que *el soldado de la Francia es el soldado de Dios*, es tan cierta como la de Napoleon III al proclamar que "cuando se despliega el pabellon francés, una causa justa le precede y un gran pueblo le sigue."

Y en verdad que pocas veces habrá cumplido la Francia en sus empresas políticas una mision tan providencial como la que la ha traído á México.

El gran pensamiento de Napoleon III en América, por lo mismo que se aparta de la política rutinera de estadistas adocenados, necesita para ser justamente apreciado, que un buen éxito corone la empresa y que el tiempo venga á justificar su prevision.

Con el hecho solo de resolverse á acometer una grande obra cuyos ventajosos resultados no son inmediatos, tratándose de un pueblo tan impaciente como el francés y tan poco avezado en sus negocios y especulaciones á las empresas que necesitan largos años para consolidar sus beneficios; prueba Napoleon III la audacia de sus concepciones, y la enérgica resolucion que se requiere y que tiene para llevarlas al cabo.

Si el comercio de la Francia con los Estados-Unidos es importante, no lo es menos el que tiene con la América española; y al tomar el emperador Napoleon III la iniciativa en el establecimiento de un orden de cosas en ella, que traiga por consecuencia el reinado de la paz y de las garantías en países dilatadísimos donde hasta ahora ha imperado solo la anarquía, echa los cimientos del edificio que en un porvenir muy cercano ha de garantizar á esa Francia, hoy tan próspera, un comercio de incalculables ventajas por los mercados consumidores que abrirá á su exuberante produccion.

La iniciativa que ha tomado la Francia en México y la prosperidad que gozará este país con el restablecimiento de la monarquía, servirán de norma

á las otras repúblicas hispano-americanas, que al ver la felicidad que disfruta México, se tendrán por dichosas en seguir tan noble ejemplo, seguras de que irán por mejor camino que cuando pretendieron remedar á los anglo-americanos.

La Providencia, que vela por los destinos de sus criaturas, permite que haya en el mundo revoluciones terribles para enseñanza de los pueblos. Hace tres años que esa gran nacion del Norte se aplica con afanoso empeño á emplear toda su ciencia, todos sus progresos en la industria y en las artes, todos sus recursos en hombres, en dinero, en crédito y en productos para destruirse.

Este acontecimiento, por deplorable que sea, debe aprovecharse por las otras naciones para arrancar de raíz todos los gérmenes de discordia que habian sembrado nuestros vecinos con sus tendencias de dominacion en todo este hemisferio y con su famosa doctrina de Monroe, que es el emblema de su política.

Pero aun cuando esta circunstancia no ayudara, en cualquier tiempo que las aspiraciones dominadoras de los Estados-Unidos en nuestro hemisferio traspasasen los límites señalados al equilibrio natural que debe haber entre las potencias de allende y aquende los mares, hoy que las distancias entre el antiguo y el nuevo mundo se han reducido á muy cortos días de travesía, y tal vez pronto las veremos limitadas á lo que den de sí los telégrafos submarinos, es de todo punto inconcuso que una nacion como la Francia se halla en el caso de influir en todas las grandes determinaciones de los pueblos de Europa y de América, por las ventajas morales y materiales que de ello resultan, sin que pueda decirse que los sacrificios que haga en proteger al débil contra el fuerte le sean onerosos, ni que salga tan perjudicada aunque no cobre indemnizaciones y se contente con decir con Mr. Guizot, cuando el bombardeo de Tánger por el príncipe de Joinville, que *es bastante rica para pagar su gloria*. Además, nosotros ni pretendemos ni podemos pedir que los gastos de la intervencion sean una pérdida para la Francia; pues si ella es bastante rica para pagar su gloria, cuando por alcanzar gloria emprenda una guerra, nosotros no somos tan pobres, por atrasados que ahora estemos, que no podamos, con paz y orden y un buen gobierno, pagar lo que cueste nuestra salvacion de la ruina segura con que nos amenazaban nuestras interminables y ferales disensiones.

De paso haremos observar que entre la Francia y la Inglaterra ha habido un cambio completo en estos últimos tiempos; aquella, durante el gobierno de Luis Felipe, iba siempre remolcada por ésta; y ahora, ésta es la que va remolcada por aquella.

Algunos políticos creerán sin duda que los peligros de invasion por parte del Norte, que corren México y Cuba, desaparecerán del todo con la rotura de los lazos que unian á los Estados libres con los de esclavos de la Gran Confederacion Americana, si es que llegan á formarse dos repúblicas de las dos grandes fracciones de ese país que hoy están en lucha. Este acontecimiento, previsto hace ya algunos años como cosa muy próxima, tiene que suceder forzosamente, un poco antes ó un poco despues, por ser imposible que dure mucho tiempo una union, preñada de continuos motivos de desavenencias, á causa de la diversidad y oposicion de intereses y principios que hay entre unos y otros Estados.

Sobre este punto tenemos datos particulares que pasamos á referir, porque los acontecimientos hoy dispensan ya de toda reserva.

Durante la administracion del general D. Ignacio Comonfort vino á México, de los Estados-Unidos, un estadista del Sur, y con él tuvo el autor de este opúsculo varias conferencias relativas á un gran pensamiento que, segun parece, era el objeto principal y verdadero de su viaje, aunque él ostensiblemente venia á otro negocio muy distinto. Proyectaban entonces los Estados del Sur su separacion de los del Norte, y querian prepararse para ello. Con tal objeto el estadista en cuestion nos inició en su plan, que en globo se reducía á formar una gran república de la union de los Estados del Sur con México y Cuba, y para halagar nuestra vanidad, se designaba á México para que fuera la capital de la nueva nacion.

Las dificultades del plan por la oposicion que forzosamente debia encontrar por parte de los Estados del Norte, de España y de México, nos obligaron á calificar de peligrosa ilusion el pensamiento, el que, por otra parte, no podia granjearse muchas simpatías entre nosotros por tener como mira principal el sostenimiento de la institucion de la esclavitud. Aun cuando así no fuera, un cambio tan radical en el modo de ser de los tres países que debian formar la nueva república, no era de tan fácil realizacion que pudieran contar unos con otros, como si todos fuesen libres, para aceptar la proposicion. El único que podia disponer de sus destinos era México, y de seguro que hubiera desechado la oferta de ser la cabeza de ese gran gigante en ciérne, por las desgracias consiguientes á la guerra que hubiera tenido que sostener contra los Estados-Unidos y España.

No creíamos nosotros tan próximo entonces el rompimiento que despues ha ocurrido en la república vecina; y si este escrito llega á manos del estadista que nos comunicó los planes de ese gran levantamiento, que será una catástrofe para el Sur si no consigue su objeto, recordará la exactitud de las observaciones que le hicimos, principalmente sobre los perjuicios

que á la larga y mas que en ninguna otra ocasion, en los momentos de peligro, entraña la esclavitud donde quiera que exista.

El levantamiento del Sur tendrá por consecuencia forzosa la emancipacion de los negros, cualquiera que sea su resultado. Desde luego los declarados ya libres, en los Estados pronunciados, por el gobierno de Washington, conservarán su libertad. El ejemplo de Haití, á consecuencia de la revocacion por Napoleon I, del decreto de la Convencion que declaraba libres á los esclavos de las colonias francesas, nos dice cuál seria la suerte de los blancos en esos Estados si pretendiesen despues de su separacion ó de su sometimiento, restablecer el antiguo orden de cosas. La libertad de esos negros obligará á tomar en los Estados donde no llega todavía la emancipacion, medidas propias para ir manumitiendo gradualmente á los esclavos de los Estados que se conservan unidos al Norte; porque no será posible conservar mucho tiempo la paz en el Sur, ora sea formando parte de la gran confederacion, ora sea república separada é independiente, si unos negros se mantienen en esclavitud, mientras que otros, que serán los mas, gozan de libertad.

Doloroso es que el gobierno de Washington haya dado el decreto de emancipacion de los negros de los Estados pronunciados, por una miserable mira de hostilidad contra sus amos, y no por el gran principio de la libertad. Si hubiera acatado este principio, el decreto no seria entonces parcial; y aun cuando nosotros no estemos por la manumision violenta, sino por la gradual y bien combinada con las circunstancias locales de cada país, reconoceriamos, en la generalidad de la medida, la bondad de la fuente de su procedencia. En el campo de la moral pierde por eso todo su mérito esa que hubiera podido ser una noble y generosa inspiracion.

Los mismos Estados del Sur, si hubieran comprendido sus verdaderos intereses, si hubieran tenido conciencia de la fuerza moral que en el mundo cristiano ejerce la repugnancia que inspira la esclavitud, se habrian adelantado á decretar por conveniencia propia, la emancipacion gradual y paulatina de sus negros. Asentado así el principio de la libertad de los esclavos por sus mismos amos, las potencias de Europa que mas desean la separacion de los Estados confederados y que no temen tanto como la Inglaterra un rompimiento con los Estados-Unidos, no hubieran tenido el reparo de la esclavitud para reconocer la independenciam de la nueva república; pero ninguna nacion del mundo cristiano, ni las mismas que adolecen del mal de tener esclavos, se hubieran atrevido á reconocer á los Estados Confederados, antes de que su independenciam fuese un hecho consumado por la victoria, si ese reconocimiento se debiera hacer bajo el signo de reprobacion de que se separaban por mantener á sus negros en indefinida esclavitud.

A pesar de eso, el grande interés que tienen las potencias occidentales de Europa en la ereccion de la república de los Estados Confederados, debió haberlas reunido para influir con sus consejos en la adopcion por el gobierno de Jefferson Davis, de aquellas medidas que hubieran facilitado su reconocimiento.

Mas sea de esto lo que fuere, y cualquiera que sea el resultado de la guerra civil en los Estados-Unidos, las grandes potencias de Europa deben unirse para apoyar en México un orden de cosas que preste garantías á propios y estraños, á fin de afianzar en estas regiones el establecimiento de instituciones que estén en armonía con las suyas y con nuestras verdaderas necesidades.

El primer beneficio que resultará de este hecho, beneficio que será mas seguro si llega á erigirse la república de los Estados Confederados del Sur, será el de relegar en los archivos, como un curioso documento histórico, eso que se ha dado en llamar la *doctrina de Monroc*, y que en su origen no fué mas que la *resolucion* que inició Clay en 1823 referente á la oposicion que encontraría, de parte de los Estados-Unidos, la intervencion europea en América para restablecer á Fernando VII en el pleno dominio de sus perdidas colonias. Andando el tiempo, los anglo-americanos han querido dar á esa *resolucion* una latitud que en un principio no tenia ni para ellos mismos, y que no solamente pugna con el sentido comun y raya en estravagante, sino que está en contradicción manifiesta con los mismos principios asentados por su gobierno en las contestaciones relativas al proyecto del tratado de las potencias Occidentales de Europa sobre recíprocas garantías de territorio; pues no podemos suponer que al reconocer en esas contestaciones los medios por los cuales un país puede hacer legítimamente nuevas adquisiciones territoriales, fuese la mente del gobierno de Washington asentar como principio que, en América, solo podian emplear esos medios los Estados-Unidos. Y si por acaso esta irrita pretension pudo en el Norte encontrar cabida en algunos cerebros exaltados y enorgullecidos por la prosperidad, de seguro que á ningún hombre sensato se le ha ocurrido nunca darle mas importancia de la que en sí tiene, ni considerar como cosa seria lo que solo podía servir para halagar el amor propio anglo-americano en circunstancias dadas, pero de ningún modo para establecer como principio de derecho de gentes una esclusion tan infundada, como ofensiva para todas las demas naciones del mundo.

Por otra parte, los hombres políticos de Washington debían pensar que esas naciones, escluidas arbitrariamente por una sola del goce de un derecho que es comun de todas, no habian de prestar su aquiescencia á tan es-

traña doctrina; y que si dejaban que los anglo-americanos la pregonaran en cuantos tonos podian imaginar, sin hacerles caso, era sin duda porque no la contemplaban digna de tomarla en consideracion, siendo una prueba evidente de la exactitud de esta aseccion, el hecho mismo de haberse anexado España á Santo Domingo.... sin impetrar la vénia de los Estados-Unidos.

Con la division de la república del Norte, la prepotencia de la Gran Confederacion Americana se desvanecería, repartiéndose entre las dos nuevas naciones que se formasen, el gran poderío que juntas tienen. Si no hay division, por algunos años quedarán los Estados-Unidos debilitados por los estragos de la guerra actual, aunque así serán de temer en los primeros momentos, porque el gobierno no tendrá la autoridad suficiente para contener á tantos soldados licenciados con la terminacion de la guerra, en las expediciones filibusteras que emprendan, y probablemente nos veremos entonces envueltos con los anglo-americanos en cuestiones que pueden dar por resultado una guerra de conquista contra México, para indemnizarse así de los perjuicios que tengan en la civil que ahora los devora.

De cualquiera manera que se considere la cuestion, reunidos ó separados los Estados de mas allá del Gila y del Bravo, con la ereccion del imperio en México comenzará á establecerse el equilibrio político americano, el cual reconocerá, por punto de partida, el antagonismo de las instituciones que rijan en las repúblicas de los Estados del Norte y del Sur y en los imperios de México y del Brasil. Entonces la necesidad de una guerra de Occidente como la última de Oriente, desaparecerá del todo, y los peligros que amenazan á España por la isla de Cuba se aplazarán indefinidamente. Sin embargo, la España no debe olvidar que la isla de Cuba es la *llave del Golfo Mexicano*, como lo representa muy espresivamente el escudo de sus armas, y que por lo tanto la posesion de la grande Antilla será siempre codiciada.

Sin duda por esta causa algunos españoles manifiestan temor de que México llegue á ser un grande imperio, calculando que entonces las simpatías naturales de los cubanos por la independenciam tendrán fácil satisfaccion anexándose á México. El medio de evitar que la colonia se separe de la madre patria, no es poner obstáculos al engrandecimiento de México, sino seguir los consejos de una política previsora en Cuba, de modo que el gobierno, siempre atento á descubrir las verdaderas y legítimas necesidades de los cubanos, se adelante á satisfacerlas; pues esas necesidades, cuando no se atienden, son las que enajenan las voluntades y siembran los odios que causan despues las revoluciones.—Algunos han pretendido justificar la conducta del general Prim, fundándola en esta fútil disculpa!

Independientemente de estos motivos generales de temor para España por

su colonia, hay otro muy serio que no se esconde á ninguno de los que se ocupan en esta grave cuestion, y es la de ser mas fácil que los ingleses tengan una guerra con España que con el imperio mexicano, ó con los Estados de la Confederacion Americana que producen algodón, y por consiguiente, que es mas fácil que Cuba se arruine y se pierda perteneciendo á España que formando parte integrante de nuestra monarquía, ó de la república que cuente entre sus Estados los que proveen de las materias primeras á las fábricas inglesas.

De suerte que en Cuba se corren de todos modos peligros de una guerra que para ella será siempre funesta, cualesquiera que sean las causas que la promuevan y sus resultados; y como es mas fácil un rompimiento de hostilidades entre Inglaterra y España que entre ingleses y mexicanos ó anglo-americanos; ¿quién pone en duda que, declarada la guerra, el gabinete de Saint James no tendrá el menor escrúpulo en desembarcar en las costas de la hermosa Antilla sus negros de Jamaica, para acabar en menos tiempo que el que tardaria en alistar su expedicion, con la prosperidad de la gran colonia española?

Este otro peligro que corre Cuba por causa de la esclavitud de sus negros, pende sobre sus destinos como nueva espada de Damocles, sin que pueda decirse que los cubanos con su prudencia y buen comportamiento tienen en sus manos alejarle cuanto cabe en la prevision humana; porque de ellos no depende conservar la paz con Inglaterra. La suerte de Cuba está sujeta á las determinaciones del gabinete de Madrid, en las que no tienen ninguna intervencion los cubanos, y por consiguiente ellos no pueden evitar, ni siquiera hacer observaciones y mucho menos oponerse á que se declare una guerra que infaliblemente causaria su ruina. Este triste convencimiento no puede menos de atormentar el ánimo de los hijos de Cuba, y mientras mas desarrollo adquieran los progresos de su civilizacion y el fomento de su agricultura y de su comercio, eso mayores serán los estímulos que tengan para desear salir de tan precaria situacion.

Los mismos peligros que esponen gravemente el porvenir de Cuba, amenazan el de Puerto Rico, y es lastimoso contemplar cómo cada vez se hacen mas inminentes, cuando de varios modos pudiera España conjurarlos. Como esta cuestion y la de México se hallan tan íntimamente enlazadas que en realidad no forman mas que una, con respecto á Europa, nos aventuramos á insinuar algunas observaciones sobre su resolucion, sin tratarla á fondo, por no ser propio de este lugar entrar en los pormenores de un plan de reformas en las colonias españolas.

Desde luego, como paso prévio, nos parece que se deben tomar todas

aquellas precauciones que sugiera la prudencia, con la mira de preparar el terreno para la gran medida de la emancipacion de los negros; porque en la realidad de las cosas todos estos peligros no reconocen otro origen que el de la esclavitud. Cualquiera que sea, pues, el plan que adopte el gobierno español en la conducta que se proponga seguir en la administracion de sus colonias de América, si no estirpa en ellas radicalmente esa llaga que las devora, todos los remedios que aplique al mal, servirán solo como paliativos, que tal vez podrán retardar la crisis, pero que no salvarán de la enfermedad.

Bien se nos alcanza que son de la mayor magnitud las dificultades que presenta en la práctica la adopcion de esta reforma; pero es indispensable arrostrar por ellas cuando se trata de salvar lo principal con el sacrificio de lo accesorio; y cuidado, que es menester resolverse pronto con la decision propia de una conviccion íntima y profunda; porque los acontecimientos suelen precipitarse cuando las cosas llegan á cierto grado, á consecuencia de un incidente imprevisto, como por ejemplo, el de la emancipacion de los negros en los Estados-Unidos por causa de la guerra actual, y si se deja pasar la oportunidad de obrar, podria muy bien suceder que despues fuese ya tarde.

Ademas, España no va á lanzarse en una senda desconocida, pues ya varias naciones de Europa y entre ellas la Francia, y la Inglaterra en escala mayor, han dado el ejemplo de la emancipacion completa de los negros en sus colonias. Estos casos y otros mas que pudiéramos citar de los ocurridos en las naciones hispano-americanas, si bien es verdad que no han producido todos los buenos resultados económicos que de ellos se esperaban, no por eso es menos cierto que prueban hasta la evidencia la posibilidad de poner en práctica la medida, sin temor de grandes sacudimientos que perturben la paz interior. Acaso la festinada aplicacion de ciertas teorías abstractas contribuyó, y no poco, á que esos primeros ensayos no saliesen tan acertados como hubiera sido de desear; pero tal contratiempo no debe influir en manera alguna para retraer á los hombres de inteligencia y de sana intencion, de imitar ejemplos que no tenemos óbice en llamar provechosos, porque con sacrificios mas ó menos costosos, se han salvado intereses de mucha mayor cuantía. Empero, los errores que otros han cometido, deben servir para que los hombres sensatos aprendan á no caer en ellos; y cuando esos errores nacen solo de la inesperienza en la aplicacion de un buen principio, los que tienen fe y ánimo fuerte, en vez de abatirse por un resultado desfavorable, cobran mas valor todavía, y trabajan con ahinco en la consecucion de su objeto, con la ventaja de conocer los escollos contra los que otros han tropezado.

No hay duda que la emancipacion violenta y repentina de la esclavitud en Cuba y Puerto-Rico, como hizo Francia á fines del siglo pasado en sus colonias, causaria una perturbacion ostraordinaria en esas islas; pero no es nuestra intencion aconsejar semejante desacierto.

Tambien es indudable que si se señala un término mas ó menos largo, á ejemplo de la Gran Bretaña, para que los amos preparen á los esclavos, por medio de cierto aprendizaje, al goce y buen uso de la libertad, no se conseguirá con esta servil imitacion mas que lo que sacaron los ingleses en Jamaica; pero tampoco es nuestro ánimo aconsejar la observancia de tal precedente.

Sin negar, pues, ni estos ni otros inconvenientes que ofrece la reforma, se nos ocurre preguntar: ¿son por ventura de tal naturaleza que impidan absolutamente su adopcion?

De ningun modo! Antes siendo, por el contrario, absolutamente indispensable hoy la emancipacion de los esclavos para asegurar de una manera eficaz la salvacion de las colonias, mientras mas graves sean estos inconvenientes, mas debe empeñarse el gobierno español en hallarle salida á la dificultad.

Y por cierto que la tal dificultad no es tan grande que ofusque la inteligencia y cierre todas las avenidas á una resolucion favorable. Ya con la introduccion en Cuba de colonos libres que de Yucatan, China y otros puntos conducen allí para trabajar en las labores del campo, se van desvaneciendo los principales temores que inspira la emancipacion bajo el punto de vista económico, temores fundados en la eventualidad de que se interrumpian las faenas de la agricultura, por la escasez que de brazos útiles para el cultivo de la tierra puede sobrevenir á consecuencia de la manumision de los negros, que, acostumbrados á ver el trabajo como la señal de la esclavitud, considerarían probablemente al principio la holganza como el emblema de la libertad.

Sustituyendo, pues, con oportunidad, á la sombra de un sistema de colonizacion bien entendida, el trabajo de los esclavos por el de hombres libres, la emancipacion de los negros en las colonias españolas se logrará incuestionablemente sin producir los quebrantos que la misma reforma causó en las inglesas y francesas.

Esta medida debe combinarse con otras del orden gubernativo para que el resultado sea completo, tales como las que ya hemos indicado y que se enderezan á introducir en la administracion de las Antillas españolas aquellas reformas políticas que son indispensables para estrechar entre criollos y peninsulares los lazos de amistad, interés y buena armonía que han de garantizar á España la conservacion de sus colonias de América.